

JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

RVE: REALIDAD VIRTUAL ESPANTOSA



DESTINO



SUPERSUSTOS

JEFF CREEPY

RVE: REALIDAD VIRTUAL ESPANTOSA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Fear Itself*

© del texto y de las ilustraciones: Editorial Planeta, S. A., 2018

© de la traducción: Carlos Abreu Fetter, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18715-8

Depósito legal: B. 7.722-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Rick Martínez apreciaba mucho su cerebro y no tenía ninguna gana de que un monstruoso muerto viviente le pusiera las manos —o los dientes— encima. Eso significaba que tendría que construir una barricada o luchar por su vida. O, lo que era más probable, las dos cosas.

Como un halcón, paseó la vista por su apartamento para ver qué encontraba. La mesa de centro le serviría; era una antigüedad pesada y robusta. Él lo sabía porque se había golpeado el dedo del pie contra ella más veces de las que alcanzaba a recordar. La empujó hasta arrimarla lo máximo posible a la puerta principal. Fue entonces cuando oyó los gemidos. Aunque al principio sonaban muy bajos, pronto aumentaron de volumen hasta convertirse en el tétrico murmullo de diez o

más de esos zombis repugnantes que se aproximaban.

Se enderezó y miró alrededor. Junto al fregadero había una sartén de hierro y un cuchillo grande puestos a escurrir. Cogió uno con cada mano. A Rick le parecía increíble que las cosas hubieran llegado tan lejos. El virus había aparecido hacía solo un par de días. Ahora reinaba el caos en las calles y había alborotos por todas partes. Era un sálvese quien pueda.

El primer PUMBA estremeció el marco de la puerta, y la mesa de centro dio una sacudida. El segundo PUMBA resquebrajó la madera. Rick tuvo que agarrarse para no perder el equilibrio. La barricada no serviría de nada... Tendría que luchar.

El tercer PUMBA destrozó la puerta por completo, revelando a los zombis en todo su terrorífico esplendor.

Rick sabía que tenía que entrar en acción. Armándose de valor, empuñó sus armas con fuerza hasta que le dolieron los músculos. Con los ojos entornados, avanzó un paso. No pensaba dejarse derrotar así como así. Vendería caro el pellejo.

Después de respirar hondo, se lanzó al ataque.

—¡Os vais a enterar, engendros descerebrados!

—¡AIDEN! —gritó una voz—. ¡Aiden!

Aiden Collins se sobresaltó.

—¿Hoooolaa? —canturreó la voz—. La Tierra llamando a Aiden...

Aiden alzó la vista de la novela gráfica que tenía entre las manos. El interior del autobús escolar que tan bien conocía apareció de repente. Los niños, sentados en filas, armaban bulla en el camino de vuelta a casa. El autobús avanzaba despacio por calles de casas casi idénticas. Ya debían de haber dejado atrás el parque y la zona boscosa. Aiden había estado tan absorto en aquel mundo postapocalíptico infestado de zombis que se le había pasado la mitad del viaje sin darse cuenta. Tuvo que entrecerrar los ojos para ver mejor Oakhill desfilando al otro lado de la ventanilla a gran velocidad.

Antes de que pudiera evitarlo, la chica que iba sentada a su lado y llevaba la mitad del pelo teñida de negro y la otra mitad de rosa le arrebató el cómic.

—¡Eh! —protestó él, espabilándose del todo—. Lo estaba leyendo.

—Ya lo sé —replicó Caitlyn—. Y yo estaba *intentaando* hablar contigo.

—Pero es que justo iba a llegar a una parte muy emocionante de *Los robacerebros* —protestó Aiden—. Estaban a punto de zamparse los sesos del *prot...*

—Ya, bueno —suspiró Caitlyn—, pues es hora de que vivas en el mundo real, tío. Eres tú el que se está convirtiendo en un zombi.

Aiden se rio y se imaginó que era un muerto viviente que iba por el mundo destrozándolo todo a la caza de cerebros, cerebros y más cerebros. Sin duda, Caitlyn se las apañaría bien en un mundo así: era una chica de acción. No le interesaba leer acerca de nada ni sumergirse en otros mundos; quería tomar el control de aquel en el que vivía. Aiden, en cambio, era más prudente. Además, *Los robacerebros* era una pasada, y ¿qué había de malo en dejar volar la imaginación de vez en cuando?

—Vale, vale —dijo—. Ya lo pillo. Soy todo oídos.

—Bueno —empezó a decir Caitlyn—, solo quería contarte que mañana voy a ir a la pista de

skate, eso es todo. Y creo que deberías venir. Casi me sale un salto con patada lateral que quiero enseñarte. Es bastante guay. Todo el mundo lo dice. Ya sé que hace tiempo que no patinas, pero... —Aiden abrió la boca para contestarle, pero la cerró de golpe; moviendo los ojos de un lado a otro como un animal acorralado, se refugió en el interior de la capucha de su sudadera. Pensó en inventarse una excusa, pero no se le ocurrió ninguna a tiempo—. A menos que tengas mejores cosas que hacer... —finalizó Caitlyn, arqueando una ceja.



—Esto... Sí, no, tal vez... —titubeó él—. A lo mejor tengo que devorar algún cerebro, ¿sabes? Te lo confirmo mañana, si no te importa.

Caitlyn le lanzó una mirada suspicaz, pero no insistió. Aiden se sintió aliviado. Hacía una eter-

nidad que no se subía a una tabla de *skateboard*. No había vuelto a patinar desde el accidente.

Poco después, el autobús entró en el barrio donde vivían. Agarraron sus mochilas y avanzaron por el pasillo. En cuanto Aiden vio la oportunidad, le arrancó a Caitlyn la novela gráfica de las manos. La chica tardó en reaccionar y, cuando intentó protestar, él le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Mientras se dirigía hacia la parte delantera del bus, un dolor punzante que ya había sentido muchas veces le subió por la pierna. Aiden se la frotó a través de la tela fina de los vaqueros para intentar reanimarla, pero la notaba medio muerta, como si una especie de virus zombi se hubiera propagado por ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Caitlyn, volviéndose hacia él—. ¿Te echo una mano?

—No, ya tengo dos —respondió Aiden.

—Solo preguntaba —se defendió Caitlyn.

Agarrándose al respaldo de los asientos, Aiden consiguió llegar a la parte delantera del autobús justo cuando este frenaba para detenerse. Intentó

enfrascarse de nuevo en la lectura de *Los robacerebros*, sujetando la novela gráfica con una mano y apoyándose con la otra mientras cojeaba por el pasillo. Estaba ansioso por descubrir qué haría Rick Martínez a continuación y si el zombi recibiría un sartenazo en toda la cabeza.

Bajó los escalones justo cuando Rick estaba a punto de asestar un golpe mortal y de repente resbaló. Como si el peldaño hubiera desaparecido bajo sus pies, salió disparado hacia delante. Extendió los brazos ante sí para frenar la caída y se agarró a lo primero que encontró. Suponiendo que era Caitlyn la que estaba delante de él, sonrió y se dispuso a murmurar una disculpa entre risas.

Entonces alzó la vista y, al fijarse en el pecho fornido y la cara de pocos amigos de Steve Wilson, se quedó helado. Steve no parecía muy contento.